

JOHN LEWIS GILLIN

(1871 - 1958)

Los escasos y valientes antropólogos, economistas y sociólogos que en medio del calor del verano o del frío del invierno no dejan nunca de presentarse en los pisos superiores de Sterling Hall, a las siete de la mañana, seguramente han echado de menos un rostro familiar. John Lewis Gillin dejó la escena de sus numerosas y variadas labores el 8 de diciembre de 1958, después de haber trabajado durante más de cuarenta y seis años en el Departamento de Sociología de la Universidad de Wisconsin. Durante dieciséis años llevó un título que parece que estaba poco de acuerdo con su notable actividad, pues frecuentemente pensamos que un "Profesor emérito" es alguien que se ha retirado de las labores más rudas. Al pensar así, somos injustos con algunos de "los viejos estadistas" de entre nuestros colegas, particularmente cuando tenemos pocas oportunidades para observar su celo e interés constantes; pero no había posibilidad de cometer tal injusticia en el caso del profesor Gillin. Hasta el último momento no hubo quien igualara en forma consistente sus actividades, para las que aprovechaba las primeras horas de la mañana. Muchos de nosotros sentíamos cierta vergüenza cuando una hora o dos más tarde pasábamos frente a su oficina, en donde el ruido de la máquina de escribir y otros síntomas de esfuerzos vigorosos daban testimonio de su presencia.

A veces cuando pasábamos, nos dábamos cuenta de que había hecho una pausa para encender su formidable pipa, y esto nos daba ánimo para detenernos a saludarlo. Siempre ocupado, pero no afligido por la nervosidad, estaba dispuesto a pasar el tiempo, a contar una anécdota amable o a escucharla, y a través de diversas formas lograba tranquilizar a quienes se sentían mortificados por no levantarse temprano. Sin embargo, no pasaba mucho tiempo sin que la conversación se volviera hacia lo que él consideraba como temas verdaderamente importantes, a saber: la enseñanza, la investigación y los asuntos públicos. Por fin, proseguíamos nuestro camino, refrescados y estimulados por el ejemplo de un hombre que no sólo sabía lo que valía la pena, sino que, sin vacilar, vivía de acuerdo con su convicción.

Un simple bosquejo de su carrera es suficiente para dar idea de sus cualidades personales, pero sólo de algunas de ellas. Después de trazar dicho bosquejo, cederemos nuevamente a la tentación de recordar. Nacido en Hudson, Iowa, el 12 de octubre de 1871, hijo de Samuel Brallier y de Ana Luisa Gillin, asistió a una escuela rural en períodos en que, para decirlo con su acostumbrado humor, "no estaba pizcando heno". Estos períodos deben haber sido aprovechados hasta el máximo, pues ya estaba bien preparado para la enseñanza universitaria cuando ingresó a la Universidad de Iowa y recibió el grado de bachiller en 1894. No contento con esto,

logró obtener el A.B. en Grinell en 1895. Durante su trabajo preparatorio encontró a un gran maestro, E. A. Ross, con quien tuvo después una larga y fructífera asociación en la Universidad de Wisconsin, y es muy posible que el interés del profesor Gillin en Sociología se derive de ese antiguo contacto. Sin embargo, hubo un intervalo en que demostró gran interés por ser ministro cristiano, y en 1904 el profesor Gillin recibió su BD del Seminario de la Unión Teológica, convirtiéndose en clérigo ordenado de la Brethren Church. Poco antes de esto, su interés constante por la Sociología se manifestó en un trabajo para la Universidad de Columbia, en donde adquirió un grado de A.M. en 1903, al que siguió un Ph.D. de la misma institución en 1906. La actual moda de casarse antes de completar el trabajo de graduado tuvo un precursor en el profesor Gillin; en 1897 se casó con Etta Shaffner; de esta unión nació un hijo, el distinguido antropólogo John Philip Gillin, que ahora trabaja en la Universidad de Carolina del Norte. Una hija adoptiva, Dorothea Gillin, ahora Mrs. Harold S. Johnson, completó la familia Gillin.

Después de recibir su doctorado, desempeñó importantes puestos en Ashland College, Ohio (de donde fue Presidente durante un año), y en la Universidad de Iowa; pero en 1912 se sintió atraído hacia la Universidad de Wisconsin por una oportunidad de servicio más amplio, que le fue presentada en forma brillante por su antiguo maestro el profesor E. A. Ross, que formaba parte del personal de Wisconsin desde varios años atrás. El Decano Luis Reber, que durante cinco años había tratado de encontrar el hombre adecuado, tuvo poca dificultad para contratarlo como jefe de uno de los cuatro departamentos en que se había clasificado la División de Extensión Universitaria. Tuvo la categoría de profesor asociado de Sociología y de Secretario del Departamento de Información General y Beneficencia. El carácter doble de la designación —además de la afición del profesor Gillin por algunos de los planes que desarrolló— significó que, a partir de 1913, enseñó parte del tiempo Sociología “elevada”. Sin embargo, esto no estorbó su celosa aplicación de la idea para el establecimiento en Wisconsin de programas comunales y de beneficencia en muchas partes del Estado. Estos programas y los viajes que necesariamente tuvo que realizar le permitieron conocer muchos aspectos de la vida de Wisconsin que después le fueron de gran utilidad.

Sería demasiado largo presentar aquí la lista completa de las Presidencias, Secretarías y otros cargos similares que desempeñó en Comités estatales de diversas clases, así como también sería tedioso enumerar todos los puestos importantes, nacionales e internacionales, de carácter semejante que ocupó con gran distinción. Solamente señalaremos al lector interesado que bajo su nombre en el *Who's Who in America* aparecen con detalle sus actividades.

Sería también muy larga una bibliografía, aunque no fuera más que de sus obras principales, y esto sin decir nada del gran número de artículos con que contribuyó a las revistas y otras publicaciones de carácter profesional y popular. Para no citar más que unos cuantos, por haber sido editados varias veces, mencionaremos: *Outlines of Sociology* (con Blackmar), *Poverty and Dependency*, *Criminology and Penology*, *Social Problems* (con Dittmer, Colbert y Kastler), *Social Pathology*, y con su hijo, *Cultural Sociology*.

Los honores conferidos al profesor Gillin por sociedades científicas, por las universidades y organismos similares fueron muchos. También aquí citaremos el *Who's Who in America*. En todos los casos hubo justificación amplísima para los grados honorarios que se le confirieron.

Aunque su interés en la teoría sociológica y en la historia del pensamiento social fue activa y demostrablemente productiva, su reputación mundial descansaba principalmente sobre su labor en criminología y penología. Aquí, sus artículos de crítica constructiva desempeñaron una parte importante. Tanto es así, que su papel —igualmente importante— como consejero, consultor y administrador en el Estado de Wisconsin, quizá no sea conocida fuera del Estado. Dentro de Wisconsin, el nombre del profesor Gillin se encontraba en boca de muchas personas que sabían poco y a quienes les importaban menos sus éxitos académicos; lo que representaba para ellos era el interés inmediato, directo y personal en las reformas sociales que influían directamente sobre sus vidas. Muchos prisioneros de Waupun, por ejemplo, podían considerarse con muy buena suerte, en cuanto al profesor Gillin no sólo inició programas para su mejoramiento, sino que también tomó un interés humano y amistoso en la persona de cada uno de ellos, considerándoles como seres humanos que podían ser reintegrados a la vida normal.

Como sucede con todos los mortales, las cosas no siempre marcharon bien para el profesor Gillin, quien tuvo que lamentar la muerte de su primera esposa en 1914. Sin embargo, algún tiempo después, encontró nueva compañía en el matrimonio con una antigua amiga de la familia Gillin, la señora Mary W. McCutcheon, quien le sobrevive. En su casa se celebraron frecuentemente reuniones amistosas con los compañeros de ambos, ya que los dos compartieron una vida activa en la comunidad de Madison.

En la comunidad, en el Estado y entre sus colegas de la Universidad de Madison sus cualidades personales, ya mencionadas, se hacían notar. La más evidente estaba constituida por su honradez fundamental. No se sentía inclinado ni se esforzaba por decir verdades desagradables, pero, cualquiera que le pidiera su opinión, recibía siempre una respuesta honrada. Así, por ejemplo, en la época en que fue Presidente, cualquier miembro del personal que le pidiera un comentario o alguna opinión importante para los asuntos del Departamento, que le afectaran directa o indirectamente, siempre escuchaba la verdad de labios del profesor Gillin, fuera ésta agradable o desagradable. Si era algo desagradable, procuraba envolverla en palabras amables, de manera que aun las personas más sensibles no se ofendieran. Con sus superiores administrativos se manejó siempre con la misma honestidad. Si consideraba que tenía que defender los intereses del Departamento, hablaba calmada y juiciosamente, y si se le pedía al Departamento que hiciera concesiones o ajustes, cedía cuando consideraba que la honestidad requería que cediera. Sobre todo, nunca trató de llevar agua sobre los dos hombros.

Otra de sus características básicas fue la sencillez. En medio del amplio reconocimiento de sus notables éxitos, siguió conservando sus maneras sencillas en el vestir y en sus relaciones profesionales. Al conversar con él siempre tuvimos la impresión de una personalidad carente de complejidades, de propósitos ocultos y de oscuras motivaciones como las que se encuentran con frecuencia. Estaba en paz consigo mismo, y podía permitirse ser sincero.

La honestidad y la sencillez a veces van acompañadas de falta de simpatía; pero esto no ocurría en el caso del profesor Gillin. Los estudiantes y colegas que necesitaban un consejo amistoso no dudaban en hablarle con confianza, aun en relación con asuntos íntimos, pues podían contar con su actitud de humana simpatía. Frecuentemente pasaba mucho tiempo dando consejos amistosos, y nunca dejó que quienes buscaban su ayuda pensarán que las otras muchas ocupaciones que tenía

eran de gran importancia, pues siempre concedía su atención total al problema que se le presentaba.

Esta amable paciencia llegaba hasta el infinito, y a veces lo llevaba a escuchar durante horas enteras los problemas de alguna persona afligida. En cierta forma, era una especie de "padre confesor", aunque él hubiera sido el primero en rechazar esta designación. En algunos casos se puede sospechar que no hacía más que permanecer sentado escuchando tranquilamente, al mismo tiempo que fumaba su formidable pipa, mientras que algunas de las curiosas personas que frecuentemente se encuentran en la Universidad proseguía su narración en una forma casi monomaniaca. Los comentarios de sus colegas, sobre la cantidad de tiempo que perdía en esta forma, generalmente provocaban el siguiente comentario amable: "Bueno; después de todo, tienen que hablar con alguien."

La forma tranquila y sencilla que tenía el profesor Gillin para tratar a personas afligidas, o quizá obsesionadas, por sus problemas, no significaba que careciera de principios firmes. Desde luego que no trataba de imponer insistentemente sus elevadas normas de vida en todas sus sesiones de "confesión". Sabía muy bien que a algunas personas solamente se les puede consolar pero no cambiar. Quienes le conocían bien estaban seguros, sin embargo, de que su silencio o reserva, cuando se encontraba frente a determinados problemas éticos, no significaban un sentimentalismo relativista, pues sus normas eran estrictas. Lo que en realidad hacía era aplicar, con la debida consideración para aquellos con quienes tenía que tratar, una de sus máximas favoritas: "Hay que amar al pecador, pero se debe odiar su pecado." Siempre que empleaba esta máxima había en sus ojos un brillo malicioso, pues lo que él quería decir con la palabra "pecado" no era siempre, a pesar de sus ligas con la Brethren Church, un concepto que estuviera totalmente de acuerdo con las rígidas interpretaciones moralistas y, sin embargo, no había nada que indicara que contemporizaba con el relajamiento ético.

Puede ser muy bien que esta combinación de honestidad, sencillez, simpatía y firmeza de principios hayan sido la causa de su notable influencia para fomentar muchas de las reformas sociales, particularmente en su terreno especial de la penología, en el que Wisconsin es bien conocido. Se necesitaría un administrador o un legislador muy testarudo para no ver la prudencia de las proposiciones hechas por el profesor Gillin, quien se tomaba la molestia de recomendarlas personalmente.

Junto con estas cualidades, tenía un gran optimismo en la posibilidad del mejoramiento social, optimismo que no siempre se encuentra entre los sociólogos profesionales, pues muchos de ellos ven tanto el lado horrible de la vida que frecuentemente piensan que no existe otro aspecto. El profesor Gillin no fue una Pollyan, pero nunca perdió la esperanza de que el hombre pueda controlar, por lo menos, parte de su destino, siempre que una buena voluntad con las conclusiones demostrables de la ciencia social. Alentó notablemente a sus colegas más jóvenes en su investigación, con la confianza, por su parte, de que la verdad adondequiera que parezca conducir inicialmente, a la larga siempre se puede utilizar para el mejoramiento de la suerte humana por aquellos que de una manera responsable defienden el derecho, no el deber de ser humano.

Comité: David A. Bærreis, Arthur P. Miles, John L. Miller, William H. Sewell, Howard Becker (Presidente).

Traducción del inglés por
ANGELA MÜLLER MONTIEL.